



Diódoro Carrasco Altamirano

Obama: la forma y el fondo

El escenario de la toma de posesión de Barack Obama fue el mismo donde, desde hace décadas, se lleva a cabo el acto del traspaso de poderes en la ciudad de Washington. Las novedades eran el color de la piel del nuevo mandatario, y una plaza colmada por una multitud multirracial, festiva y emocionada, de ciudadanos y ciudadanas, de familias enteras convocadas a ser testigos de la historia.

Las formas, impecables: acudieron todos los ex presidentes vivos y sus mujeres, hubo manifestaciones mutuas de afecto y respeto, de pluralidad y tolerancia entre los adversarios. En acción las formas cuidadosas, civilizadas, de una clase política madura. Entre mezclados estaban los artistas, los deportistas famosos, los hombres y mujeres del espectáculo.

La forma incluía un escenario majestuoso donde la potencia más poderosa de la Tierra celebraba, con la pompa y la civilidad acostumbradas, la ratificación y vigencia de su legado democrático. El fondo era un cambio de época (¿el fin de la república imperial?), cuando parecía cumplirse el viejo adagio de que, para que las cosas mejoren, primero tienen que empeorar. Obama tomaba posesión de la presidencia en un país sumido en la peor crisis de su historia, crisis económica, financiera, pero también moral (guerras insensatas, apología de la tortura), crisis social y de las relaciones de Estados Unidos con el mundo.

El fondo lo dio un discurso en

el que el nuevo presidente rompe con la política de su predecesor y convoca a poner en acto una nueva política, una política de responsabilidad y de cohesión, que permita reconstruir a esa gran nación. Algunos dicen que este mensaje fue claramente inferior al de la noche de su victoria. Tal vez. Lo cierto es que fue un discurso equilibrado, emotivo pero sin demagogia ni populismo, en el que hace un diagnóstico sin complacencias del estado de la nación y, en vez de milagros, propone trabajo duro, esfuerzos titánicos para recuperar la grandeza y el liderazgo en el mundo.

El discurso de Obama muestra claridad y perspectiva histórica, conciencia de la compleja situación por la que atraviesan Estados Unidos y el mundo, y conciencia de la dificultad y complejidad de las tareas que se necesitan para remontarla. Conciencia también de que, para que los pueblos se movilicen, es necesario recuperar la vigencia de los mitos y los valores fundacionales, y que esos valores no son los de que "cualquiera puede convertirse en un Rockefeller", sino los de libertad, igualdad y el derecho de todos a buscar la felicidad.

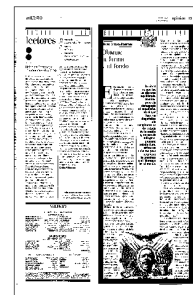
Obama puso sobre la mesa cuestiones esenciales del debate

no sólo en Estados Unidos, cuando dice que la pregunta que nos hacemos hoy "no es si nuestro gobierno interviene demasiado o demasiado poco, sino si sirve de algo: si ayuda a las familias a encontrar trabajo con un sueldo decente, a tener servicios de salud que puedan pagar, a una jubilación digna".

Al parecer, los mercados no recibieron de buen grado definiciones como la de que "nuestra economía se ha debilitado enormemente como consecuencia de la codicia y la irresponsabilidad de algunos, pero también por nuestra incapacidad colectiva de tomar decisiones difíciles y preparar a la nación para una nueva era".

O cuando proclamó la virtud de los mercados como creadores de riqueza y de libertades, pero incapaces de regularse por su cuenta. Una desafortunada coincidencia (la nacionalización de los bancos en Inglaterra) pudo haber influido también en la caída de las bolsas. Lo decisivo fue, creo, su descalificación de una política que "sólo favorece a los que ya son prósperos", cuando de lo que se trata es de "ofrecer oportunidades a todas las personas, no por caridad, sino porque es la vía más firme hacia nuestro bien común".

Rechazó como falso el dilema entre seguridad y derechos humanos, los dogmas del neoliberalismo, la protección de intereses mezquinos, la falsa sabiduría de los cínicos y los escépticos. Abrió los brazos al mundo ("sabed que Estados Unidos es amigo de todas las naciones y de todos los hombres") y hasta a



Fecha 22.01.2009	Sección Opinión	Página 13
----------------------------	---------------------------	---------------------

los enemigos, con la condición de que "abran el puño".

Reivindicó con gran fuerza la herencia multicolor de EU como una ventaja, no una debilidad. Hace 60 años, cuando su padre llegó de África, en el restaurante local

quizá no lo hubieran atendido; hoy su hijo es presidente de Estados Unidos.

Por estas y otras razones, sin esperar milagros ni creer en utopías pero reconociendo que cosas muy importantes están cambiando en el mundo, y que la presidencia de Obama es símbolo de esecambio, creo que estamos en presencia de acontecimientos históricos. ■M

Lo cierto es que fue un discurso

equilibrado, emotivo, pero sin demagogia ni populismo, en el que hace un diagnóstico sin complacencias del estado de la nación y, en vez de milagros, propone trabajo duro, esfuerzos titánicos para

recuperar la grandeza y el liderazgo en el mundo

